

LA VIDA CULTURAL EN LA ALGECIRAS ISLÁMICA

Antonio Torremocha Silva / Doctor en Historia por la U.N.E.D.

1.- A MODO DE INTRODUCCIÓN

La España musulmana representó, en el plano cultural, no sólo el puente de unión entre el Oriente islámico y el Occidente cristiano, sino una entidad con características bien diferenciadas dentro del propio mundo musulmán del medievo y, sin duda alguna, la etapa más deslumbrante de la cultura hispana desde la antigüedad clásica hasta el Renacimiento, movimiento que, en la Península Ibérica, no puede entenderse sin tener en cuenta sus débitos con respecto a la cultura hispano-musulmana que le precedió.

La vida cultural de Al-Andalus se fue conformando, desde el siglo VIII hasta el siglo XV, alrededor de una nueva lengua, una sociedad joven y dinámica y unas costumbres que provenían de Oriente -Arabia y Siria- sobre bases muy antiguas y consolidadas que tenían su origen en la Prehistoria peninsular, la antigüedad púnico-romana y el período de implantación germánica. Fue, por tanto, Al-Andalus un crisol en el que se fundieron, sobre un rico entramado cultural típicamente hispano, influencias foráneas diversas, algunas provenientes de Oriente -islámicas y bizantinas- y otras del Norte de África o de los reinos cristianos del norte.

En otro orden de cosas, una sociedad como la algecireña, que tuvo sus inicios en los primeros años de la invasión islámica y que perduró hasta mediados del siglo XIV, iba a reflejar, en lo referente a su evolución cultural, idénticos períodos y estilos que el resto de las ciudades de Al-Andalus, acrecentados y favorecidos -especialmente a partir del siglo XI- por la condición de puerta de entrada de influencias procedentes del norte de África y Oriente que Algeciras mantuvo a lo largo de la Plena y Baja Edad Media. Una ciudad que era capital de una «cora» o provincia, muy activa económicamente, de notable importancia militar, con un puerto de gran valor estratégico y una población que, en algunos períodos, debió sobrepasar las 20.000 almas, fue capaz de producir, con el paso de los años, una intensa vida cultural, como bien lo testimonian las fuentes musulmanas.

La literatura, la jurisprudencia, la teología, las ciencias históricas y geográficas, la ascética, la gramática y las ciencias experimentales, iban a estar bien representadas en la Algeciras de los siglos VIII al XIV, período que, a su vez -y en consonancia con lo que sucedía en el resto del país- hay que dividir en otras dos etapas: Una, que vendríamos a denominar «clásica» y que coincide, en lo político, con el desarrollo del emirato y el califato cordobés (siglos VIII al X), y otra -más larga en el tiempo, pero también más fecunda- que denominaremos «postclásica» y que se extiende desde el siglo XI al XV, período que se caracteriza por la división política de Al-Andalus y las sucesivas invasiones que llegan de África.

2.- ALGECIRAS: DE CIUDAD REBELDE, A “COLLAR EN LA GARGANTA DEL ISLAM”⁽¹⁾

Algeciras, primera fundación del Islam en territorio peninsular, iba a representar el papel de ciudad levantisca e inconformista en los dos primeros siglos de la historia de Al-Andalus, lo que provocaría su aislamiento con respecto a la capital, Córdoba, y la imposibilidad de que se formasen focos culturales estables en la ciudad, dominada en esos primeros tiempos del Islam por poderosos clanes bereberes, escasamente arabizados y enfrentados a los gobernantes árabes y sirios de Al-Andalus.

En fecha tan temprana como el año 741, se asientan en el territorio algecireño los aguerridos y díscolos sirios de Baly, luego de vencer éstos a los bereberes levantados en armas contra el emir⁽²⁾; en el 760 se rebela contra Abdarrahmán I el gobernador bereber de Algeciras, Al-Rumais⁽³⁾; entre el 815 y 820 se levantan de nuevo los bereberes jariyíes⁽⁴⁾ y en el 850 lo hizo el bereber Habib Al-Burnusí con numerosa tropa⁽⁵⁾; en el año 879 mantuvo en jaque durante meses a las tropas de Muhammad I el rebelde Yahya al-Yaziri⁽⁶⁾ y dos años más tarde fueron dueños de la ciudad los sediciosos Mandaril y Abi-Chora⁽⁷⁾. Por último, en el año 896, fue Algeciras ocupada por el famoso rebelde muladí Umar Ibn Hafsun, que utilizó su puerto, hasta bien entrado el siglo X, como punto de desembarco de la ayuda que le enviaban los fatimíes norteafricanos⁽⁸⁾. Habrá que esperar hasta el año 914, fecha en que Abdarrahmán III tomó la ciudad al rebelde de Bobastro⁽⁹⁾, estableciendo en el gobierno provincial a familias de origen árabe, fieles a los Omeyas, para que la ciudad goce de un largo período de paz y prosperidad. A partir de ese año, la ciudad, pacificada, bien defendida, y destruidos los castillos rebeldes de su distrito, iniciará un proceso de desarrollo económico y demográfico que alcanzará sus cotas más altas en tiempos del gran Almanzor, uno de sus hijos más ilustres.

Con el advenimiento de la paz, el auge de las actividades económicas, el sometimiento de los violentos y rústicos bereberes y el asentamiento definitivo de refinados clanes árabes y andalusíes en la capital de la provincia, Algeciras se beneficiará de una intensa vida social y cultural alrededor de su medina y de las mansiones que los magnates edificarán en las márgenes del Wadi-l-Asal: escuelas coránicas, centros de jurisprudencia, círculos de poetas, historiadores y científicos, florecerán favorecidos por el mecenazgo de ilustradas y ricas familias o de gobernantes poderosos como el propio Almanzor, el cual patrocinará reuniones de poetas y eruditos en su palacio-almunia de la «hachibiyya», a orillas del río de la Miel.

El advenimiento del siglo XI le llega a Algeciras con la noticia de la muerte de su hijo más preclaro, Almanzor. Sin embargo, el período de turbulencias que la ciudad -dominada por los bereberes- sufrirá desde 1009 hasta 1031, no será sino una breve etapa de retraimiento que preludiará varios siglos de florecimiento cultural. Los reyes hammudíes, establecidos en la ciudad entre 1035 y 1055 procurarán, con su mecenazgo, mantener en la ciudad una actividad cultural con la intención de emular las grandes realizaciones de la Córdoba califal. Almorávides, almohades y benimerines, con sus aportaciones, toscas, pero de gran originalidad, y seducidos por el brillo sin igual de los reinos taifas, no harán sino intensificar la fuerza de la cultura andalusí en las ciudades que dominaron, entre ellas, Algeciras, uno de sus bastiones en la Península Ibérica.

Las dinastías africanas posibilitarán, de nuevo, el flujo continuo de eruditos y estudiosos entre la España musulmana y los emiratos norteafricanos, lo que vendrá a reforzar -cuando más debilitados estaban los reinos musulmanes españoles en el terreno militar- sus capacidades creadoras en el orden artístico y cultural. La aparición de una escuela «yazirí» de poetas, en los siglos XI y XII; el establecimiento de un hospital en la ciudad en tiempos de los almohades con la llegada de médicos y científicos; el incremento del número de juristas, ascetas y teólogos, harán de la Algeciras de los siglos XI al XIV uno de los focos más destacados del panorama cultural de Al-Andalus.

3.- PRINCIPALES MANIFESTACIONES CULTURALES.

Los dos primeros siglos de este período, en los que predomina -como ya se ha demostrado- la conflictividad política y social (sometimiento o integración de la población hispana, guerras civiles, intentos secesionistas, etc...), se caracterizan por la paulatina propagación del elemento cultural árabe y el mimetismo de las realizaciones del Oriente islámico⁽¹⁰⁾, aunque en el campo del arte sean las influencias hispanas las que predominarán. Pero con el advenimiento del siglo X, sin desaparecer todavía la admiración por todo cuanto proviene de Oriente, la vida cultural de Al-Andalus adquirirá una fuerza creativa, una originalidad y un clasicismo tan refinado que nada tendrá que envidiar a las realizaciones orientales. La sabia utilización de elementos hispanos enriquecidos por las influencias foráneas, la mesura y el equilibrio en la literatura, las artes y las costumbres, el respeto y la tolerancia hacia las comunidades cristiana y judía -en Córdoba se hablaba romance y árabe- y la pujanza de una sociedad heterogénea, rica y emprendedora, posibilitarán el nacimiento y la proliferación de escuelas de poetas y literatos, academias de científicos, sagas de historiadores, geógrafos y jurisconsultos, no sólo en Córdoba, sino también en las principales ciudades del Califato, donde la élite dominante rivalizará, apoyando las artes y las letras, por superar las realizaciones culturales de las urbes vecinas. Mas, la buena estrella del Califato tuvo también su quiebra, y, tras la muerte de Almanzor, se diluye la forzada unidad política de Al-Andalus haciendo su aparición los reinos de taifas. La sedimentación de los rasgos hispanos, la creatividad aportada por los diversos reyes taifas -andalusíes, bereberes y eslavos- y los sucesivos aportes almorávide, almohade y benimerín, vendrán a configurar una nueva etapa en la cultura andalusí caracterizada por el oscurecimiento de las influencias orientales, el aporte magrebí, la diversificación de los focos difusores y de las escuelas, y la exportación de genios andaluces -por propia voluntad o empujados por la persecución política o religiosa- al Norte de África y el Oriente musulmán. En el caso de Algeciras, la vida cultural se vio interrumpida a mediados del siglo XIV, cuando Castilla se asomó al Estrecho y de apoderó de la ciudad. Para el epígono reino de Granada, aún restarían días de gloria en el campo del arte, de las letras y de la ciencia hasta su postrera agonía y muerte a finales del siglo XV. Analicemos, a continuación, la evolución de la vida cultural en la Algeciras islámica, así como las principales manifestaciones en las diversas ramas del saber.

3.1.- LA LÍRICA.

3.1.1.- POETAS AMIRÍES.

Bajo el sabio gobierno de los últimos omeyas, florecerá en Algeciras una escuela poética que, aunque alcanzará su momento de esplendor en los siglos XI y XII, producirá algunos creadores de notable calidad en los siglos IX y X, especialmente durante el mandato de Almanzor, el cual se convertirá en mecenas de poetas nacidos en la ciudad de donde él era originario. En tiempos del emir Al-Hakam I vivió el poeta algecireño **Abbas Ibn Nasih**, del que sólo sabemos que además de destacado literato fue cadí de su ciudad⁽¹¹⁾. En el último tercio del siglo X destaca **Abu Marwan Ibn Idris al-Jawlani o al-Yazirí**, famoso por sus poemas sobre flores, tan del gusto del «hachib». Frecuentando las reuniones que, en su palacio, organizaba Almanzor, por su facilidad para improvisar versos encomiásticos, fue premiado con sustanciosos regalos y cargos. Por haber improvisado en presencia del gobernante algecireño unos versos llenos de ingenio, éste lo elevó al cargo de jefe de la policía de Córdoba⁽¹²⁾. Antes había sido nombrado secretario del primer ministro y, durante algún tiempo, estuvo al frente de la cancillería amirí. Murió en el año 1003, estrangulado por un esclavo negro en las mazmorras de Medina al-Zahira, donde había sido encarcelado por orden de al-Muzaffar⁽¹³⁾. Su producción poética debió ser abundante, conservándose tan sólo alguno de sus poemas, los cuales se pueden dividir en dos grupos, aquéllos que compuso cuando era secretario y jefe de la policía y vivía en la abundancia y el sosiego, y aquellos otros que, como dice J.M. Contente, «nacieron de sus reflexiones de hombre encarcelado y abandonado por todos».

Incluimos, a continuación dos poemas de **Al-Yazirí**, uno, de temática floral, de su época feliz, y otro, una «qasida» -sólo algunas estrofas- que compuso en sus momentos de infortunio, cuando estaba encarcelado en la prisión de Tortosa y solicitaba el perdón de Almanzor⁽¹⁴⁾.

La Azucena

*“Lóbulos deshilados de un blanco purísimo que al cogerlos
se colorean de amarillo intenso.
El número de sus estambres si los cuentas son seis,
sin olvidar al espía que es el séptimo.
Todos ellos se resguardan amorosamente en su regazo
cual si ella fuera una madre que velara con celo
por un niño aún lactante.
La límpida piel de su pecho se impregna del perfume profundo
y azafranado que exhalan sus cabecitas.
Su tibio olor y su maravilloso y bello aspecto
invitan al amor y a la pasión”.*

Qasida desde la prisión

*“El lugar en que me encuentro está demasiado lejos
para ser visitado
y aún ni siquiera cuando mis ojos consiguen dormir
se me aparece de súbito ningún fantasma.
¡Ay!, cuán enflaquecido y debilitado estoy,
y eso que yo era fuerte
y gozaba de excelente salud.
Toda mi alegría y mi placer de vivir me han desaparecido,
ya no brotan para mí las flores.
¿Acaso será posible que el amado no tenga la menor sospecha
sobre cuáles son mis pensamientos y mis más íntimos recuerdos?”*

Otro poeta del tiempo de Almanzor fue **Afid Ibn Riaví al-Yaziri**. Este personaje compuso una serie de versos para conmemorar la campaña de Almanzor del año 997 sobre la ciudad de Santiago de Compostela⁽¹⁵⁾.

3.1.2.- LA ESCUELA “YAZIRÍ”.

a) La lírica arábigo-andaluza en los siglos XI y XII.

Con el derrumbamiento del Imperio Cordobés se quiebra la tendencia expansiva de Andalucía, estancándose o empobreciéndose la producción cultural en algunos sectores, pero permitiendo la multiplicación de los centros de creación y difusión. En el campo del arte se produce una barroquización del estilo y en el de la lírica a una repetición de los temas clásicos, aunque adobados con una fuerte dosis de elementos andaluces. Los reyes taifas, con sus intrigas palaciegas, sus crímenes políticos, sus desbordadas pasiones y la pugna que mantienen en el mecenazgo de artistas y en la celebración de grandes fiestas, ofrecerán un terreno abonado para el desarrollo de la poesía. La lírica neoclásica se extenderá como un reguero de pólvora por aquellos reinos ávidos de conservar, aunque sólo fuera en lo cultural, la ficción del Califato. Los reyes y magnates se cruzarán todo tipo de acusaciones, elogios, insultos, mensajes de concordia o de odio, utilizando como medio el poema o la carta impregnada de lirismo, en la que, ellos mismos, se comparan con flores, estrellas o fenómenos naturales.

Los temas, aunque sin perder el hilo conductor del clasicismo imperante, se enriquecen y diversifican: ascéticos, báquicos, amorosos, satíricos, guerreros, poemas descriptivos en los que se destacan elementos de la naturaleza (ríos, flores, jardines, paisajes, animales, etc...).

Bajo el dominio de los almorávides, la poesía andaluza se repliega sobre su propio y glorioso pasado o se adapta a los nuevos tiempos haciendo sobresalir en sus composiciones el elemento popular y los temas menos comprometidos e intrascendentes. Mas, sería por poco tiempo, pues atraídos por la superior cultura hispana, los almorávides se van a rodear, en sus ciudades de Andalucía, de una corte de intelectuales como años antes habían hecho los reyes taifas. Aparecen nuevos modelos poéticos y los creadores se dividirán entre aquéllos que se adaptan a la nueva corriente y aquellos otros -los denominados neoclásicos- que continúan esforzándose por mantener viva la tradición lírica del Califato. Es el momento para lo satírico, e incluso para lo vulgar.

Con la irrupción de los almohades en la escena peninsular, la lírica andaluza languidece. Imbuidos por el fanatismo de un Islam recreado en las cálidas arenas del desierto, los temas báquicos y eróticos, así como la declarada heterodoxia de algunos poetas andaluces, difícilmente podrían ser aceptados por los intransigentes norteafricanos.

La lírica hispano-musulmana entrará en un largo período de agonía que se extenderá hasta los días del reino de Granada, cuando la poesía andalusí se fundirá con modos, temas y estilos de clara influencia castellana.

b) Poetas algecireños de los siglos XI y XII.

Algeciras fue, durante los siglos XI y XII, centro de desarrollo de una importante escuela lírica, profundamente neoclásica, que vino a cubrir un capítulo importante de la cultura literaria andaluza.

En el siglo XI, la corte hamnudi de la taifa algecireña se erige en foco de actividad cultural, recuperando el esplendor que había tenido la ciudad en tiempos de Almanzor. Alrededor de la familia bereber que dirige los destinos del reino de Algeciras se van a formar artistas, teólogos, juristas y también poetas, entre los que sobresalieron el magnate-poeta **Abu Udra**⁽¹⁶⁾ y, sobre todo, **Abu-I-Hasan Ibn Hafs al-Yaziri**⁽¹⁷⁾ a cuyo ingenio debemos el siguiente poema:

*“Cuántas horas he ido en hora temprana a los jardines:
las ramas me recordaban la actitud de los amantes.
¡Qué hermosas se mostraban cuando el viento las entremezclaba
como cuellos que se abrazan estrechamente!
Las rosas son mejillas; las margaritas, bocas sonrientes,
mientras que los junquillos reemplazan a los ojos.”*

El poeta compara las esbeltas y cimbreantes ramas de los árboles con los cuellos de los amantes que se abrazan. Este tipo de imágenes literarias en las que se busca la semejanza entre especies vegetales con partes del cuerpo o virtudes humanas, es muy utilizado por la poesía musulmana, pero muy especialmente por la lírica árabe-andaluza (véase el poeta amirí Abu Marwan al-Yazirí). En los dos últimos versos se vuelve a incidir sobre este mismo tipo de figura: el color de las mejillas se compara con rosas rojas; las margaritas con bocas sonrientes, en las que los dientes son los blancos pétalos; y los junquillos que espían a los amantes desde la orilla del río, son los ojos.

Los Analectes⁽¹⁸⁾ atribuyen a un poeta anónimo de Algeciras que vivió en el siglo XI, los siguientes versos:

*“Vuestras miradas nos hieren el corazón
y las nuestras os hieren las mejillas.”*

El poeta expresa la fuerza del sentimiento que la mirada de la amada ha despertado en su alma -su mirada le ha herido el corazón-, contraponiéndola con la de sus ojos que sólo han llegado a herir la mejilla de la que ama.

Ibn Said al-Magribí recoge los siguientes versos del poeta algecireño **Abu Zakariyya**⁽¹⁹⁾, que vivió a caballo entre los siglos XI y XII, y que llegó a ostentar el cargo de gobernador de la ciudad:

*“El vaso, cuando lo llenaron de vino, se inflamó
y se vistió una túnica de llamas.
Y, cuando subieron arriba las burbujas, no vieron
los ojos maravilla como ésta:
Encima de unas brasas encendidas, granizos, que existían
por ellas y que de ellas procedían.”*

Nos encontramos aquí con el fragmento de un poema de tema báquico, cuyo autor fue, como lo era Ibn Abi Ruh -del que más adelante se tratará- un magnate algecireño que vivió bajo la dominación almorávide. El vino es el objeto que inspira al poeta y le sirve de motivo para crear un elevado canto al preciado licor, que, aunque prohibido su consumo para el musulmán, nunca faltaba en las fiestas de la relajada sociedad andalusí. Una metáfora de gran fuerza descriptiva nos dibuja el color rojizo del vino -túnica de llamas-, para terminar con una lograda imagen en la que se oponen conceptos aparentemente incompatibles: las burbujas son granizos que aparecen sobre las brasas encendidas del vino.

En el siglo XII continúa la pujanza de la escuela poética «yazirí», acudiendo a la ciudad eruditos de lejanos países a recibir y contrastar conocimientos. Sabemos que en la primera mitad del siglo se instaló en la ciudad del Wadi-l-Asal para

ampliar sus estudios en literatura, gramática y jurisprudencia, el sabio oriental **Ibn Jayr**⁽²⁰⁾, del que se volverá a tratar en el capítulo correspondiente al derecho. Sin embargo, a partir de 1145, con la irrupción de los almohades, y aunque en el arte edificatorio alcanzó Algeciras un momento de gran esplendor -construcción de torres albarranas en el recinto murado y de un hospital- la poesía sufrirá un decaimiento del que no volverá a recuperarse.

A caballo entre las segundas taifas y el dominio almohade, vivió el más famoso poeta algecireño de la Edad Media: **Ibn Abi Ruh**, cuyo poema conocido como «*El Río de la Miel*», figura en las mejores antologías de la poesía árabe de todos los tiempos⁽²¹⁾. Este magnate-poeta de Algeciras rememora -posiblemente desde el obligado exilio- una noche de fiesta que pasó en su mansión situada al borde del río que cruzaba la ciudad. Combinando los elementos más característicos del estilo neoclásico, obtiene un bello ejemplo de poema que se ha de incluir entre los de tema báquico y amoroso, tan del gusto de la lírica andalusí. La lograda composición dice así:

*“Detente junto al río de la Miel y pregunta
por una noche que pasé allí hasta el alba,
a despecho de los censores,
bebiendo el delicioso vino de la boca o cortando
la rosa del pudor.
Nos abrazamos como se abrazan las ramas
encima del arroyo.
Había copas de vino fresco y nos servía de copero
el aquilón.
Las flores, sin fuego ni pebetero, nos brindaban
el aroma del áloe.
Los reflejos de las candelas eran como puntas de lanza
sobre la loriga del río.
Así pasamos la noche hasta que nos hizo separarnos
el frío de las joyas.
Y nada excitó más mi melancolía que el canto del ruiseñor.”*

Este poema, en el que la temática amorosa y dionisiaca alcanza cotas de elevada perfección y elegancia literaria, nos traslada, no cabe duda, a lo más granado de la lírica andalusí postcalifal, a un período en el que las almunias edificadas entre jardines al borde de los ríos eran escenario, en las noches de verano, de reuniones cultas auspiciadas por ricos magnates y eruditos gobernantes, donde el vino, el amor y las canciones se entremezclaban con la dialéctica, la disertación literaria y la más fina poesía. El magnate algecireño debió escribir este poema cuando ya los almohades se habían establecido en Andalucía y Abi Ruh se hallaba alejado de Algeciras y de la vida pública por imperativo de los nuevos y fanáticos alfaquíes. Su espíritu liberal y heterodoxo se jacta -en uno de los versos- de haber burlado a los censores bebiendo del mejor vino y gozando del amor. La rosa del pudor es la virginidad de la mujer amada, virtud muy apreciada en el mundo islámico y, por tanto, en la Andalucía medieval. Volvemos a encontrar el recurso de comparar los miembros del cuerpo con las ramas de los árboles, mientras un fenómeno natural como es el viento se reviste de los atributos del copero. De intensa calidad poética y capaz de crear una imagen de gran fuerza en el lector, es la comparación entre las candelas -las llamas fusiformes que desprenden las hogueras- con las puntas de ardientes lanzas, y la plácida superficie del río, en la que se reflejan las candelas, con una cota de malla donde van a clavarse éstas como lanzas.

El frío de las joyas, para describir la llegada de la aurora, es una imagen muy utilizada por la poesía clásica andalusí y, como consecuencia, por los poetas neoclásicos de los siglos XI y XII. Termina el poema expresando la melancolía que siente el poeta con la llegada del día -el canto del ruiseñor- que le trae el alejamiento de la amada. Esta tristeza puede muy bien reflejar la añoranza que sentía Abi Ruh por su tierra natal y por su mansión a orillas del Wadi-l-Asal.

Otro poeta que destaca en el panorama literario algecireño en la primera mitad del siglo XIII, es **Abu Nair al-Fatah Ibn Musa al-Yazirí o al-Jadrawí**⁽²²⁾. Este ilustre personaje -también notable gramático- nació en Algeciras en el año 1192. Viajó a Marruecos, donde estudió gramática bajo la dirección de Abu Musa. Más tarde marchó a Damasco y, por último, fijó su residencia en Suyut (Egipto), donde ejerció los cargos de cadí y de profesor de la Alta Escuela Faisia. Su obra consiste en una composición poética sobre la vida de Mahoma que consta de doce mil versos. Ibn Musa al-Yazirí murió en el año 1287 en la ciudad de Suyut, a los noventa y cinco años de edad, después de una larga vida en la que contribuyó a enaltecer la ciudad donde había nacido, siendo hoy uno de los personajes más celebrados de la cultura medieval egipcia.

Para terminar con la relación de poetas «yaziríes», mencionaremos a **Ibn Said al-Magribí**, geógrafo y poeta de Alcalá la Real que, desde su exilio en Egipto, nos dejó una «qasida» en la que recuerda con nostalgia las hermosas ciudades de su Al-Andalus natal. Dicen así las estrofas dedicadas a Algeciras:

*”También con sus memorias Algeciras me abrumba
y su enriscada costa recuerdo con amor;
en ella el mar bramando alza montes de espuma
que estremecen los árboles de angustia y de terror.
En los labios el vino y en brazos de mi amada,
allí de mil auroras me sorprendió la luz,
mientras que, por la luna con oro recamada,
tendía el mar la fimbria de su túnica azul”* ⁽²³⁾.

3.2.- LA JURISPRUDENCIA, LA TEOLOGÍA Y LA ASCÉTICA.

La jurisprudencia, disciplina que gozó de gran prestigio en las sociedades islámicas por la repercusión que tenía en los más diversos ámbitos de la vida diaria, se basaba tanto en el Corán y las Tradiciones, como en la opinión personal de los cadíes y en normas de derecho consuetudinario heredadas de Oriente e incluso del derecho romano y de la tradición germana⁽²⁴⁾. Algeciras, que por su condición de capital de provincia contaba con un cadí, máxima autoridad judicial de toda la «cora», fue ciudad donde nacieron, o residieron buena parte de sus vidas, cadíes y eruditos religiosos (alfaqúes y ulemas), que dieron fama a la ciencia jurídica que se impartía y elaboraba en los círculos jurídicos de la ciudad.

A principios del siglo IX ejerció la función de cadí de Algeciras el jurista **Abbas Ibn Nasih** -citado ya como poeta- que llegó a ser famoso por la ecuanimidad y perfección de sus sentencias⁽²⁵⁾. Sin embargo, el más renombrado de los juristas algecireños anteriores al siglo XI, fue el sabio **Jalaf Ibn Abd-Allah Ibn Mujariq al-Hawlani**. Este jurista nació en Algeciras a mediados del siglo IX, estudió en su ciudad natal y en Pechina, viajando luego a Egipto donde oyó las predicaciones de una hija de As-Safii. Vuelto a su patria ejerció el cargo de «imán». Perteneció a la escuela «Safei», cuya doctrina había introducido en España Muhammad Ibn Sayar. Cultivó con acierto la literatura jurídica, alcanzando gran prestigio en los tribunales de Al-Andalus, Norte de África y Oriente por sus «fatwa». Debió morir hacia el año 913⁽²⁶⁾.

Con la llegada a suelo peninsular de los almorávides, pero sobre todo de los almohades, la jurisprudencia, la teología y la ascética -apoyadas por el fervor religioso que traían consigo los nuevos señores de Al-Andalus- alcanzarán una preponderancia en la vida pública paralela a la decadencia que sufre la África. El incremento de la autoridad de los alfaquíes en la sociedad andaluza y la preeminencia de los estudios teológicos favorecerán la aparición, en Algeciras como en otras ciudades de este lado del Estrecho, de sagas de alfaquíes, santones y ascetas, como nunca habían existido en una sociedad donde la heterodoxia había sido un valor intelectual muy cotizado.

A finales del siglo XI y principios del XII (murió hacia 1117), vivió en algeciras **Abu-l-Qasim al-Qutami**⁽²⁷⁾. Fue notable alfaquí y cadí de esta ciudad hasta que marchó a Marruecos, donde también fue cadí en las ciudades de Salé y Marrakech. Contemporáneo de este personaje fue el alfaquí y tradicionista **Abd-Allah Ibn Hisam al-Yaziri**⁽²⁸⁾, ilustre algecireño que unía a sus conocimientos de teología las dotes de un buen poeta.

En las décadas centrales del siglo XII residió en Algeciras el célebre erudito oriental **Ibn Jayr**⁽²⁹⁾ que venía a aprender de los alfaquíes y sabios que residían en esta ciudad en tiempos de los almohades. Sus conocimientos abarcaban las tradiciones proféticas, las biografías, los estudios coránicos, el ascetismo, la gramática y la genealogía. Murió en el año 1180.

A finales del siglo XII destacó **Ali Ibn Yahia Ibn al-Qasim, el de Cinheja**⁽³⁰⁾. Este famoso jurista era originario de la región del Rif, aunque muy joven vino a establecerse en Algeciras, donde se dedicó a la enseñanza del derecho y al oficio de notario. Fue nombrado cadí de la ciudad y supo reunir a su alrededor una verdadera escuela jurídica que se desarrolló a lo largo del siglo XIII. Escribió un compendio o formulario de actas notariales que nos ha servido para conocer diversos aspectos de la legislación musulmana medieval. Esta obra se encuentra en la Escuela de Estudios Árabes de Madrid, y en ella no sólo consta el nombre del autor, sino que se cita en varias ocasiones la ciudad de Algeciras en la data de los documentos. Tal circunstancia se da en el folio 82, donde aparece un acta notarial fechada en la Sala de Audiencias del Juzgado de Algeciras. Murió en el año 1189.

También del siglo XII es el afamado tradicionista, cadí y filólogo, **Abu Abd Allah al-Yahsubi**⁽³¹⁾, biznieto del cadí ceutí Iyad. Vivió en Algeciras en las primeras décadas del siglo, muriendo en Granada en el año 1257.

Con la entrega de Algeciras a los meriníes en 1275, otra dinastía norteafricana se enseñorea de la ciudad del Estrecho. Desde esa fecha, hasta bien entrado el siglo XIV, van a desarrollar su actividad en Algeciras algunos alfaquíes pertenecientes a una de las familias árabes más nobles y antiguas de la ciudad, los Banu Udra⁽³²⁾, establecidos en el distrito algecireño desde tiempos de la invasión arabo-bereber. Uno de los miembros más preclaros de este linaje fue **Ibn Udra**⁽³³⁾, cadí de Algeciras en los años que tomaron posesión de la ciudad los meriníes de Abu Yaqub. Contemporáneo de este cadí fue el alfaquí **Abu Faris Abd al-Aziz al-Imrani**, amigo de Al-Malzuzi y citado por éste en su opúsculo «Un Vejamen de Tarifa y Algeciras»⁽³⁴⁾.

Natural de Algeciras y también miembro de una renombrada familia de la ciudad, fue el alfaquí y «jatib» **Ahmad Ibn Jamis al-Yaziri**, igualmente conocido como **Abu-l-Abbas Ibn Jamis**⁽³⁵⁾. Murió en Algeciras en el año 1320.

Entre los santones y ascetas algecireños destaca, en el siglo XI, **Al-Hasan**, hermano del rey taifa de Algeciras, Muhammad. Este personaje abandonó la vida plácida del palacio hammudí algecireño y, vestido de lana, se dio al ascetismo, haciendo la peregrinación⁽³⁶⁾. Entre 1170 y 1190 vivió el más famoso santo musulmán de Algeciras, **Abu Ishaq Ibrahim Ibn Ahmad Ibn Tarif**⁽³⁷⁾. Fue amigo íntimo del místico murciano Ibn Arabí, el cual lo cita en su obra «Epístola de Santidad».

Escribe de él Ibn Arabí que era de carácter afable y de trato cariñoso y que decía siempre la verdad. Había deseado durante toda su vida retirarse a vivir en soledad, pero le fue imposible realizar su anhelo, porque se lo impedía su profesión, que no era otra que vendedor de loza. Termina diciendo el místico murciano, que lo visitó dos veces en Algeciras antes de que muriera de unas paperas.

3.3.- LA HISTORIA Y LA BIOGRAFÍA.

Fueron la historia y la geografía disciplinas muy apreciadas por la sociedad musulmana. Auxiliadas por la biografía y la genealogía, formaban un conjunto de conocimientos imprescindible para la propia expansión del Islam, pues se utilizaba, no sólo para enseñar a los nuevos creyentes la doctrina y la tradición profética, sino también para reafirmar los lazos agnaticios y tribales de los distintos linajes. Por otra parte, la formidable extensión de tierras conquistadas y de pueblos sometidos necesitaban ser conocidos de la manera más exhaustiva posible por los dirigentes político-religiosos con el fin de arbitrar su buen gobierno y establecer y recaudar los impuestos. En la Algeciras islámica floreció, también en esta rama del saber, una importante escuela de historiadores, genealogistas y biógrafos. La misma situación de la ciudad, puerto de desembarco de geógrafos, historiadores y compiladores -El Idrisí mantuvo estrechas relaciones con eruditos y genealogistas de Algeciras-, puso en contacto tempranamente a la sociedad algecireña con los conocimientos más avanzados del Islam en estas y otras variadas materias. Una ciudad que había sido la puerta de entrada de los musulmanes en la Península Ibérica ejercía una poderosa atracción dentro y fuera de Al-Andalus, de ahí que geógrafos, historiadores y compiladores le dedicaran en sus obras capítulos semejantes en extensión a los de Málaga, Sevilla o Granada.

En 1201 nació en Algeciras **Ibn Mosdai al-Andalusí**, una de las figuras más señeras del islamismo español. Este biógrafo, historiador y compilador viajó por diversos países de Oriente y Occidente en los que recogió conocimientos que luego, en su ciudad natal, vertió en varias obras. Una de ellas, que trataba sobre una antología biográfica de 4.000 personajes de su tiempo y anteriores a él, adquirió gran fama. Murió en Algeciras en el año 1264. Tal fue la notoriedad de que gozó Ibn Mosdai, que Al-Maqqari dice que «llenó Algeciras con el mar de su ciencia difundida»⁽³⁸⁾.

A mediados del siglo XIII vivió uno de los más renombrado historiadores algecireños de la Edad Media, cabeza de una saga de eruditos que perdurará hasta que en 1344 Alfonso XI tome la ciudad a los musulmanes. Fue éste **Abu Bakr Muhammad Ibn Jamis**⁽³⁹⁾. Sobre su juventud sabemos que, luego de nacer en Algeciras hacia 1220, fue discípulo de Muhammad Ibn Yusuf Ibn Ammar al-Mukattib, del que el propio Ibn Jamis nos dejó una extensa biografía. Nuestro historiador era sobrino del gran Ibn Askar, terminando de escribir la célebre «Historia de Málaga» que Askar dejó inconclusa⁽⁴⁰⁾. Debió morir en la última década del siglo XIII. Un descendiente suyo, también historiador y nacido en Algeciras a fines del siglo XIII, fue **Ibn Jamis al-Ansari**⁽⁴¹⁾. Ocupó el cargo de «jatib» en la aljama de Algeciras hasta que fue tomada la ciudad por Alfonso XI en 1344. Después emigró a Ceuta donde fue también «jatib», muriendo en esta ciudad en el año 1349 como consecuencia de la Peste Negra⁽⁴²⁾. Entre sus obras destacan, *Tarij al-Yazirat-al-Hadra* (Historia de Algeciras), desgraciadamente perdida, y una historia de los sabios de Ceuta, titulada *al-Ilam*.

3.4.- LA GRAMÁTICA Y LA ERUDICIÓN.

En el siglo X, bajo la dictadura de Almanzor, nació en Algeciras el erudito **Abd al-Malik Ibn Idris**⁽⁴³⁾, que destacó en los círculos palaciegos de Córdoba por su ingenio y amplios y variados conocimientos. En el siglo siguiente, durante el reinado de los hammudíes algecireños, nació y vivió en la ciudad de la Bahía, **Abu Abd-Allah Muhammad Ibn Abi Nasr**⁽⁴⁴⁾.

Fue jurisperito, pero destacó sobre todo por sus trabajos de erudición. Entre sus obras destaca la titulada «Brasa ardiente sobre la historia de los españoles».

En la segunda mitad del siglo XI nació en Algeciras el gramático y afamado lingüista **Abu Bakr al-Tuyibi**⁽⁴⁵⁾. Viajó por Marruecos y más tarde se asentó en Ceuta donde desarrolló la mayor parte de su obra. Murió en su ciudad natal a mediados del año 1107.

Durante la dominación almohade de Al-Andalus, período en que, como ya se ha dicho en otro lugar de este trabajo, se produjo en Algeciras un intenso movimiento cultural, y en los años que precedieron al establecimiento del reino Nazarí, sobresalió en Algeciras un personaje cuya manera de proceder prueba bien a las claras el alto nivel que las artes y la erudición adquirieron en la ciudad de la Bahía en los siglos XII y XIII. Nos relata su hijo -del que luego trataremos- que siendo su padre, **Musa Ibn Said**, gobernador de Algeciras por designación de Ibn Hud, señor de Al-Andalus, tuvo noticias de la existencia de un libro que poseía un habitante de la ciudad en el que se contenían composiciones poéticas de las que eran autores poetas algecireños de los siglos pretéritos. El ilustrado gobernador envió a su hijo al citado dueño del libro para que, en su nombre, le prestara tan preciada obra; mas, el hombre se negó a ello diciendo que si el gobernador tenía interés en conocer el contenido de su libro que él mismo fuera a su casa a consultarlo. Cuando Musa supo la respuesta dijo: «Ciertamente no debería yo hacer esto, pero en honor a los ilustres varones cuyos versos y biografías se encierran en ese volumen iré a casa de ese hombre ignorante». Y al poco fueron a casa del dueño del libro donde Musa lo pudo leer con delectación, dando luego las gracias a quien le había permitido, de aquella manera, conocer la obra de los poetas de su ciudad. Musa Ibn Said pertenecía a una de las familias más cultas y nobles de Algeciras y, al parecer, no pasó un sólo día de su vida sin que leyese un libro o escribiese algún opúsculo. Según las fuentes musulmanas, este Musa de Algeciras fue uno de los hombres más instruidos de su tiempo, sobre todo en materia bibliográfica. Había nacido en el año 1175, muriendo en Alejandría en 1242, cuando acompañaba a su hijo en la peregrinación a la Meca⁽⁴⁶⁾.

Ibn Said al-Magribi, bibliógrafo como su padre Musa Ibn Said -no confundir con el célebre geógrafo y poeta homónimo de Alcalá la Real citado en el apartado que se dedica a la lírica-, heredó los afanes eruditos de su predecesor, al que sustituyó en el gobierno de Algeciras. Realizó la peregrinación a la Meca, muriendo en su ciudad natal en el año 1250.

3.5.- LAS MATEMÁTICAS Y LA MEDICINA.

En los primeros siglos del Islam peninsular las matemáticas y la astronomía, a causa de la rigidez religiosa, quedaron relegadas a un segundo plano, exceptuando el cálculo y la geometría cuyo conocimiento era fundamental para la partición de herencias, la contabilidad y la agricultura. Será a partir del reinado de Abdarrahan III cuando un mayor grado de tolerancia y la separación definitiva de Al-Andalus del Islam oriental, permitirán un gran desarrollo de los estudios matemáticos y de la astronomía. Ha llegado hasta nosotros el nombre de uno de los matemáticos más destacados del medievo que nació y vivió en Algeciras. Me estoy refiriendo al famoso **Ahmad Ibn Abd Allah Ibn Sad Ibn Mufaray-Al-Hamdani**. Este ilustre algecireño, que debió nacer alrededor de 1140, se especializó en aritmética, contratos mercantiles y partición de herencias. Murió en el año 1208⁽⁴⁷⁾. Refiere un cronista árabe que un día Al-Hamdani entró a oír una disertación en una sala de audiencias y, como le tocara sentarse en la última fila, dijo a los eruditos y sabios que le acompañaban: «Donde nosotros nos sentemos, ahí estará la cabecera del salón»⁽⁴⁸⁾.

En Algeciras, la existencia, desde mediados del siglo XII, de un importante hospital en la Villa Vieja, edificado por los almohades para atender a los heridos en las campañas contra los cristianos -hospital que estuvo en funcionamiento hasta el año 1344- permitió que la medicina gozara de un gran prestigio en la ciudad y que médicos del Norte de África y de Oriente vinieran a residir y trabajar en esta población. A finales del siglo XII vino a hacerse cargo de la dirección del hospital algecireño el médico, natural de Bugía, **Abu Ishaq Ibrahim Eddany**, permaneciendo en esta ciudad largo tiempo, hasta que pasó a residir a Marruecos, donde murió. Sus hijos le sucedieron en la función que ejercía en la institución hospitalaria. Su primogénito, **Abu Abd Allah Muhammad**, participó como médico en la batalla de las Navas, donde fue herido⁽⁴⁹⁾. En los años que Algeciras estuvo cercada por el ejército y la flota de Alfonso XI (1342-1344), estuvo ejerciendo su profesión en este hospital el afamado cirujano hispano-musulmán **Abu Abd Allah Muhammad As-Safra**, el cual realizó numerosas intervenciones a soldados heridos en el cerco, dejándonos interesantes reseñas de ellas⁽⁵⁰⁾.

No cabe duda que esta relación de hombre ilustres que nacieron o residieron en la Algeciras islámica, es en extremo breve y que no representa sino una pequeña parte del plantel de eruditos y sabios que dieron fama a la ciudad de la Bahía en la Edad Media. Pero, no sin dificultad se ha logrado reunir en este trabajo los datos de estos notables algecireños, gracias al esfuerzo de arabistas que escudriñaron en los manuscritos medievales y de historiadores que ordenaron y publicaron sus traducciones. Nuestro deseo es que, en un futuro no muy lejano, este listado de personajes, que gloria dan a Algeciras, se amplie como resultado de nuevas y fecundas investigaciones.

NOTAS

- (1) "Algeciras es, entre las ciudades del Islam, como un collar de la garganta," escribió el rey de Granada, Muhammad V, en una carta que envió a la Meca en 1369, (Gaspar Remiro, M., Correspondencia diplomática entre Granada y Fez, *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*, Tomo V, N° 1, 1915, pág. 8).
- (2) Conde, J.A., *Historia de la dominación de los árabes en España sacada de varios manuscritos y memorias arábigas*, Madrid, 1874, pág. 34.
- (3) Ajbār Machmua (Crónica anónima del siglo XI), Trad. por D. Emilio Lafuente Alcántara, Madrid, 1867, pág. 103.
- (4) Fagnan, E., *Extraits inédits relatifs au Maghreb, Géographie et Histoire*, Argel, 1924, pág. 199.
- (5) Ibn Idhari al Marrakussi, *Historia de Al-Andalus*, Trad. por D. Francisco Fernández González, Granada, 1860, pág. 180.
- (6) Ibn Idhari, *Op. Cit.*, pág. 204.
- (7) Simonet, F.J., *Historia de los mozárabes de España*, Tomo III, Edit. Turner, Madrid, 1983, pág. 516.
- (8) Simonet, F.J., *Op. Cit.*, Tomo III, pág. 566.
- (9) Ibn Hayyan, *Crónica del califa Abdarraman III an-Nasir entre los años 912 y 942 (al-Muqtabis V)*, Trad. por Viguera, M.J. y Corriente, F., Instituto Hispano-Árabe de Cultura, Zaragoza, 1981, págs. 76 y 77.
- (10) Chejne, A.G., *Historia de España Musulmana*, Edic. Cátedra, Madrid, 1980, pág. 137 y sigs.
- (11) Ajbār Machmua, *Op. Cit.*, pág. 119.
- (12) Terés, E., Ibn Faray de Jaén y su «Kitab al-Hadaiq», *Al-Andalus*, XI, 1946, pág. 141 y Péres, H., *Esplendor de AL-Andalus* (La poesía andaluza en árabe clásico en el siglo XI. Sus aspectos generales, sus principales temas y su valor documental), Trad. por Mercedes García-Arenal, Edit. Hiperión, Madrid, 1983, pág. 90.
- (13) Sobre la vida y la obra de este poeta algecireño, véase el documentado trabajo de J.M. Continente, Abu Marwan al-Yaziri, poeta amirí, *Al-Andalus*, 1969 (124-141).
- (14) Continente, J.M., *Op. Cit.* Ambos poemas completos en las páginas 134 y 138.
- (15) Vega, Luis A. de, *Almanzor*, Edit. Gran Capitán, Madrid, 1946, pág. 194.
- (16) *Analectes*, II, págs. 189-190. Abu Udra pertenecía a una familia de origen árabe establecida en Algeciras desde los primeros tiempos de la invasión. De ella surgieron notables personajes, entre ellos, uno conocido como Ibn Udra que fue cadí de la ciudad que es mencionado por Al-Malzuzi en su *Turfat az-zarif fi ahl al-Jazira wa-Tarif* (Un vejamen de Tarifa o Algeciras), *Studia Islámica*, III, 1981, págs. 21 y 23.
- (17) Péres, H., *Op. Cit.*, pág. 169.
- (18) *Analectes*, II, pág. 501.

- (19) **Ibn Said al-Magribí**, *El Libro de las banderas de los campeones*, Trad. por E. García Gómez, Edit. Seix Barral, Barcelona, 1978, págs. 283-284.
- (20) **Chejne, A.G.**, *Op. Cit.*, pág. 142.
- (21) Sobre Ibn Abi Ruh, véase: **Ibn Said al-Magribí**, *Op. Cit.*, pág. 154 y **García Gómez, E.**, *Poemas arábigo-andaluces*, Espasa-Calpe S.A., Colección Austral, 6ª Edición, págs. 82 y 83.
- (22) Los gentilicios al-Yazirí (el isleño o algecireño) y al-Jadrawí (el de la Isla Verde) se aplicaba indistintamente y con carácter general a aquéllos que habían nacido en Al-Yazirat-al-Hadra (la Isla Verde). Almanzor, antes de ocupar altos cargos en la administración del Califato, era conocido en Córdoba como al-Yazirí. Sobre Ibn Musa al-Yazirí o al-Jadrawí, véase: **González Palencia, A.**, *Historia de la literatura arábigo-española*, Edit. Labor S.A., Barcelona, 1928, pág. 100.
- (23) **Al-Maqqari**, *Nafh-al-tib* (Trad. de Schack-Valera, Poesía y arte de los árabes en España, Buenos Aires, 1944, pág. 145).
- (24) Sobre las fuentes y la elaboración del derecho islámico en Al-Andalus, es de gran interés la obra de **Dominique Urvoy**, *Pensers d'Al-Andalus. La vie intellectuelle á Cordue et Seville au temps des empires berbères (Fin XI siècle-début XIII siècle)*, Centre National de la Recherche Scientifique, París, 1990, págs. 80 a 89. Para el derecho musulmán en general, véase: **Chejne, A.G.**, *Op. Cit.*, pág. 263 y sigs; **Schacht, J.**, *The Origins of Muhammedan Jurisprudence*, Oxford, 1950.
- (25) *Analectes*, II, pág. 151.
- (26) **Castejón Calderón, R.**, *Los juristas hispano-musulmanes (Desde la conquista hasta la caída del Califato de Córdoba. Años 711 a 1031 d.c.)*, Instituto de Estudios Africanos, C.S.I.C., Madrid, 1948, pág. 146.
- (27) **Ibn Baskuwal**, *Al-Sila*, Edic. F. Codera, Bibliotheca Arábigo-hispana, 1-2, Madrid, 1883, Nº 755.
- (28) **Ibn Said al-Magribí**, *Op. Cit.*, págs. 283 y 284.
- (29) **Chejne, A.G.**, *Op. Cit.*, pág. 142.
- (30) La Takmila de Ibn al-Abbar (ms. de El Cairo, fol. 155), recoge algunos datos de este personaje. Véase **Ribera y Tarragó, J. y Asín Palacios, M.**, *Manuscritos árabes aljamiados de la biblioteca de la Junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas*, Madrid, 1912, págs. 32 y 33.
- (31) **Pinilla Melguizo, R.**, Aproximación a la onomástica árabe medieval de Ceuta, *Actas del I Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar*, Ceuta-Madrid, 1988, Tomo II, pág. 168.
- (32) Algunos miembros de esta familia algecireña aparecen en diccionarios biográficos. Se hace referencia en los *Analectes* (I, págs. 189 y 190) a un Banu Udra de Algeciras como un rico magnate de la ciudad.
- (33) **Al-Malzuzi**, *Op. Cit.*, págs. 21 y 23.
- (34) **Al-Malzuzi**, *Op. Cit.*, pág. 25.
- (35) **Cano Ávila, P.**, Relaciones histórico-culturales mantenidas entre Granada y Ceuta en los albores del siglo XIV, *Actas del I Congreso...., Tomo II*, pág. 272.
- (36) **Terés, E.**, Linajes árabes en Al-Andalus, según la «Yamhara» de Ibn Hazm, *Al-Andalus*, XXII, 1957, pág. 66.
- (37) **Asín Palacios, M.**, *Vida de santones andaluces: La «Epístola de Santidad» de Ibn Arabí de Murcia*, Libros Hiperión, Madrid, 1933, págs. 159 a 161.
- (38) *Analectes*, II, pág. 148. Algunas fuentes árabes dicen de Ibn Mosdai que murió en La Meca, en el transcurso de la peregrinación.
- (39) Sobre la vida y la obra de Abu Bakr Muhammad Ibn Jamis, véase: **Vallvé Bermejo, J.**, La «Historia» de Ibn Askar, *Al-Andalus*, XXXI, 1966, págs. 241 y 242.
- (40) **Chalmeta, P.**, Historiografía medieval hispano-arabica, *Al-Andalus*, XXVII, 1962, pág. 370.
- (41) **Vallvé Bermejo, J.**, *Op. Cit.*, pág. 242.
- (42) **Vallvé Bermejo, J.**, Descripción de Ceuta en el siglo XV, *Al-Andalus*, XXVII, 1962, pág. 412. Este autor refiere que Ibn Jamis de Algeciras está enterrado en el cementerio de Ahyar al-Sudan.
- (43) **Vega, Luis A. de**, *Op. Cit.*, pág. 173.
- (44) **Ribera y Tarragó, J. y Asín Palacios, M.**, *Op. Cit.*, pág. 42.
- (45) **Pinilla Melguizo, R.**, *Op. Cit.*, pág. 165.
- (46) **González Palencia, A.**, *Op. Cit.*, pág. 160. También, **Requena, F.**, *Muhammad y Al-Qasim «amires» de Algeciras*, Antequera, 1956, pág. 108.
- (47) **Sánchez Pérez, J.A.**, *La ciencia árabe en la Edad Media*, Instituto de Estudios Africanos, C.S.I.C., Madrid, 1954, pág. 29.
- (48) **Alonso, D.**, Poesía arábigo-andaluza y poesía gongorina, *Al-Andalus*, 1943, pág. 143.
- (49) **Ernest Leroux (Editeur)**, *Les sciences en Orient. Leur transmission á l'Occident par les traductions latines*, París, 1876, Tomo II, pág. 241 y **Leclerc, L.**, *Histoire de la Médecine Arabe exposé complet des traductions du Grec*, Burt Franklin, Nueva York, 1876, Tomo I, pág. 571.
- (50) **Renaud, H.P.J.**, Un chirurgien du royaume de Grenade: Muhammad As-Safra, *Hesperis*, Tomo XX, 1935, págs. 18 y 19.